

Yaíma Martínez
Aleman

*Caracterización
ideológica de la novela
de la Revolución
cubana en los sesenta*

L

a década de los cincuenta en América Latina estuvo marcada por el rechazo abierto al capitalismo monopolista norteamericano, a la alienación y la podredumbre del ser latinoamericano. Los escritores, conmovidos por esta realidad, impulsan un tipo de literatura eminentemente narrativa, capaz de objetivarla, de expresarla en su esencia desgarradora, de desplazarla por mundos imaginarios, por mundos que negaban el presente pero que, velados por la ideología liberal burguesa, no predecían un futuro certero, renovador. No pudieron los escritores latinoamericanos de estos años ver más allá de su frustración; pero los escritores cubanos, se sumaran o no a la efervescencia revolucionaria, huyeran o permanecieran en el país, escribieran o callaran, comenzaban a percibir la posibilidad de un cambio revolucionario, conscientes de que una vez más y con mayor fuerza, los cubanos se habían lanzado a la lucha definitiva. El triunfo de la Revolución constituyó la superación en Cuba de la realidad americana y la cumbre de todo un proceso nacional revolucionario iniciado en el siglo XIX.

La literatura revolucionaria, impulsada desde el propio año del triunfo, como parte importante de esta realidad social, marcó, a su vez, un proceso de continuidad y ruptura con toda la tradición literaria que en la época caracterizaba al continente: si continúa bebiendo de las formas estilísticas que ambos caudales le ofrecen, son precisamente los cambios ideológicos los que marcan la ruptura: si bien no puede afirmarse que la novelística, la literatura en general, de estos primeros años de revolución, haya sido artísticamente superior, sí lo fue ideológicamente. Los

escritores cubanos, inmersos en una realidad superiormente distinta, van revolucionando su ideología liberal y madurando las concepciones marxistas: un nuevo espíritu dominaba a la Isla y con él una nueva conciencia, la conciencia del socialismo proletario, y nuestros escritores fueron consciente o inconscientemente dominados por ella. En este sentido la novela, como manifestación literaria eminentemente objetiva, constituye el vehículo idóneo para la reflexión en torno a las nuevas ideas. Con respecto a la ruptura ideológica que este género sufre, en relación con la tradición nacional y el quehacer literario continental en que se enmarca, expresa Rogelio Rodríguez Coronel:

“Desde el punto de vista de la perspectiva con que el escritor se enfrenta a la realidad social, la novela de la Revolución Cubana inicia una ruptura tanto en lo que respecta a la tradición narrativa tradicional como en lo referente a la narrativa latinoamericana con la cual mantiene sincronía. Esta ruptura es la peculiaridad fundamental de la novela de la Revolución Cubana”.¹

Refiriéndose a la significación que en este sentido tuvo el propio contexto revolucionario, apuntaba:

Dentro de la dicotomía “enajenación-desenajenación” [...] la Revolución se mantiene como fuerza social desenajenante y liberadora [...] mientras que en la novela latinoamericana en general la desenajenación es apetencia, realidad postulada, idealidad, en la novela de la Revolución Cubana la posibilidad de la desenajenación está dada por el cambio revolucionario de las estructuras económicas y de las clases de la sociedad, es un presente histórico concreto.²

Los escritores cubanos, inmersos en una nueva realidad profundamente humana y capaz de liberarlos del desprecio y la alienación de siglos, se sienten conmovidos, porque a diferencia de los escritores latinoamericanos, la posibilidad del cambio no será ya parte de un futuro dudoso, sino de un presente constatado. La Revolución, con su enorme fuerza renovadora, es demasiado rica como para ser ignorada; no ha existido un período de revolución profunda en la historia de la humanidad en que

¹ Rogelio Rodríguez Coronel: *La novela de la Revolución Cubana (1959-1979)*, p. 63, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986.

² *Ibidem*, pp. 156-157.

el intelecto artístico y literario no haya sentido la necesidad inevitable de absorberlo, de agotarlo en recursos artísticos, estéticos; y la literatura cubana de estos primeros años de exaltación revolucionaria no sería una excepción. Poetas y narradores en su gran mayoría se abren al presente, a la reflexión en torno al pasado, a los caminos que iba tomando la Revolución y a los que aún faltaba por tomar. El producto literario de esta década fue profundamente ideológico, nacido de una toma de conciencia por parte de los escritores: a favor de la Revolución (la gran mayoría), en contra, o en una posición intermedia donde habitaban las contradicciones desatadas entre la simpatía por el presente y el temor a que la Revolución fuera “demasiado” radical.

En este sentido la propia definición de su carácter, la condena revolucionaria a la literatura “subversiva”, y la simpatía por la Revolución que al fin y al cabo fue ganando terreno por encima de las contradicciones, hicieron posible que la literatura revolucionaria de esta etapa (por lo menos aquella que se publicó) afirmara y no negara el presente revolucionario. A esto se une la política cultural, encaminada a hacer del ideal socialista, el ideal de la sociedad cubana nacida en el '59. No puede decirse, sin evitar caer en el dogmatismo, que la literatura revolucionaria, como portadora de este nuevo ideal social, resultó ser un producto eminentemente ideológico, en muchos casos más que artístico, porque lo forzó la política cultural trazada por nuestros dirigentes, ya que el hecho literario depende, en gran medida de la subjetividad de su creador, sin embargo, pecaríamos de dogmáticos también si afirmamos que la proyección de este ideal fue completamente espontánea, es más justo y verdadero aceptar que por un lado fue espontáneo porque el escritor se sentía realizado en una sociedad que le permitía el desarrollo y el reconocimiento a su intelecto, pero el constante llamado de la política a que el escritor reflejara su mundo, a que aceptara los preceptos socialistas, a que apoyara a las instituciones políticas en la formación masiva del nuevo ideal, determinaron, en gran medida que el destino de la obra literaria en esta década de formación estuviera ligada indisolublemente a la política y a la ideología de la época; a que fueran manifestaciones, como ya se dijo anteriormente, eminentemente ideológicas.

En este sentido la narrativa, específicamente la novela, jugó un papel fundamental; incluso la poesía (coloquial) tendió a ser

narrativa, debido a que “es justamente la novela, como instrumento de captación de la realidad, en sus más hondos estratos, con el espíritu de análisis que le es connatural, el género que mejor refleja los cambios de una sociedad, pero también la conciencia de estos cambios”.³

Estos cambios económicos se tradujeron en nuevas relaciones económicas: la igualdad de deberes y derechos ante el trabajo y el producto del mismo, lograda a través de la sustitución de la propiedad privada por la propiedad social, la incorporación masiva de la mujer a la sociedad y la garantía de un salario fijo. Cambios culturales y sociales que garantizaban la igualdad social y racial, el derecho masivo a la educación, la salud, la cultura y el deporte; el poder en manos del hombre, no ya en manos de Dios, y la revalorización de la cultura nacional ante la penetración ideológica capitalista. Cambios que repercutieron en la ideología de la época y en sus diferentes esferas: una ideología socialista que trajo consigo un tipo de arte y literatura también socialistas. Por ello las novelas de estos años, además de reflejar los cambios económicos de la época (puesto que constituyen materiales propiamente históricos) van a proyectar los cambios ideológicos ocurridos en el período: la lucha entre el nuevo y el viejo ideal (con las contradicciones que este proceso suscita) y el triunfo de este último como consecuencia lógica, en cuanto ideología de la clase dominante.

El ideal social revolucionario que debía corresponder a esas nuevas condiciones económicas y sociales, no se produjo del todo espontáneamente, por la simple razón de que no todos asimilaron la brusca transición que se produjo entre la etapa democrático-burguesa y la etapa socialista; era imposible que tal cambio hubiera resultado fácil en una sociedad donde aún prevalecían las ideas burguesas; en una sociedad que hasta 1959 se había desenvuelto por los caminos del desarrollo capitalista y en 1961 ya declaraba oficialmente el carácter socialista de su revolución; declaración que no sólo determinó el destino político y económico de la Isla, sino también su destino cultural.

³ Augusto Roa Bastos: “Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual”, en: *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea* (compilación), 1ra. edición, p. 42, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1973.

La moral y la ética del hombre en el socialismo, su comportamiento social, sus compromisos y aspiraciones no podían ser los mismos que había mantenido hasta entonces; la formación de lo que se concibió como “hombre nuevo” se aceleró vertiginosamente. Para ello hubo de movilizarse todas las fuentes ideológicas posibles; no podía esperarse a que el ideal socialista se fuera formando poco a poco, había muchos factores externos e internos influyendo: la actitud traidora de la burguesía y las agresiones norteamericanas determinaron la rápida radicalización de la Revolución. Una vez dado este paso se imponía la necesidad de lograr el apoyo y la comprensión de todos, al menos de la mayoría, de esa mayoría que había sido beneficiada. Dentro de esta mayoría existía una minoría que estaba llamada a forjarse a sí misma esta nueva conciencia y ayudar a formar la de toda una sociedad, una minoría que históricamente había vivido encerrada en sí misma y negándolo todo, negándose incluso; esta minoría no fue otra que la intelectualidad y dentro de esta, la intelectualidad literaria.

Los escritores cubanos en esta década de formación y de transición compleja, tenían la misión de cambiar las concepciones de ese nuevo ser social que habría de nacer con la Revolución. Era un reto difícil, mucho más cuando hay que empezar a reformar desde el propio sujeto que pretende esa transformación; pero el reto fue asumido; comienzan a transmitir en sus obras lo que “debía ser” el nuevo hombre, la proyección del ideal que aún no existía ni en la teoría ni en la práctica revolucionaria. Dentro de esta literatura la novela jugó un papel fundamental, ya que fueron los novelistas los que casi masivamente se sumaron al presente cumpliendo con su enorme responsabilidad histórica.

Asumiendo los criterios de clasificación de Fornet acerca de las líneas temáticas de la novela de este período, se puede decir que el ideal social que promueve la Revolución se va a presentar igualmente de dos maneras diferentes: uno, rechazando el pasado críticamente y dos, afirmando el presente en todas sus aristas. De esta forma, el ideal va a estar implícita o explícitamente expresado, incluso en aquellos escenarios que resultan simbólicos con respecto a la Revolución.

En este sentido la novela publicada en Cuba en los años '60 se caracteriza por una reflexión en torno a la Historia de Cuba, como forma de juzgarla o de buscar en ella las raíces más pro-

fundas del proceso que se gestaba en la Revolución, la cual se presenta a los ojos del novelista como la cumbre de nuestra historia, pero nunca como el fin. Hay, en estas novelas un reconocimiento positivo hacia el presente, pero también una proyección de futuro, un reflexionar acerca del alcance que iría tomando este presente revolucionario. De acuerdo con Fornet podemos afirmar que el rasgo predominante de esta novelística es la conciencia histórica, una "vivencia de la historia" en que se relacionan todos los tiempos del hombre y "con ellos, la fantasía y la crónica, la ética y la estética, el drama individual y la epopeya colectiva".⁴ El hecho de que estas novelas tuvieran como estética fundamental el realismo documental, influido a ratos por el realismo crítico, el realismo socialista, y en menor medida el realismo mágico y lo real maravilloso, en ese afán de representar y enjuiciar su realidad y la realidad del mundo hasta en los mínimos detalles, hacen de esta una novelística profundamente histórica. Representan en buena medida documentos históricos.

Ahora bien, este tratamiento de la historia se da desde un punto de vista diferente; de acuerdo, precisamente, con la nueva ideología revolucionaria: ya no va a ser un cúmulo de hechos que se suceden sin lógica alguna, y el presente no es una consecuencia de la casualidad; la historia es la vida de los hombres, lo que este ha ido construyendo y cambiando en pos de su desarrollo, todo lo que en ella ocurra es una necesidad. La historia, antes vista desde una óptica escéptica como un destino trágico impuesto por los dioses, es vista ahora desde un punto de vista marxista, dialéctico, donde el hombre, sabedor de su papel en la sociedad, se enfrenta a ella con un optimismo creador. No obstante este enfoque materialista en el tratamiento de la historia, hay momentos en que el idealismo se impone, sobre todo en las novelas que narran momentos significativos de la lucha clandestina o de la lucha en la Sierra, como forma de exacerbar epopéyicamente a los participantes en estos acontecimientos. La reflexión histórica es, además, el resultado de la necesaria contraposición que el novelista establece entre el pasado y el presente; esto obligatoriamente trae consigo una toma de posición eminentemente ideológica, puesto que se trata de socieda-

⁴ Ambrosio Fornet: "Las máscaras del tiempo en la novela de la Revolución Cubana", en: *Las máscaras del tiempo*, p. 19, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1995.

des ideológicamente opuestas, y los escritores masivamente optan por el presente y rechazan el pasado.

El pasado neocolonial es un "antes" enajenante, opresivo; el presente revolucionario está concebido como un "después" desenajenante, liberador. Esto se debe a la toma de conciencia que, allende sus contradicciones con algunos puntos radicales de la Revolución debido a su formación ideológica burguesa, va asumiendo el escritor revolucionario, cada vez más penetrado por el ideal social comunista que los cambios económicos iban estableciendo y que los dirigentes revolucionarios conscientemente estaban formando.

Esta referencia histórica de la novela de los '60 se nos revela a través de la relación que se establece entre esta y el testimonio; se trata de una novelística eminentemente testimonial: a través de ella se nos ofrecen vivencias del propio escritor por medio de situaciones y personajes de ficción; es el caso de las novelas de Edmundo Desnoes, Dora Alonso, José Soler Puig, Samuel Feijóo, entre otros. Pero, conjuntamente con estas vivencias, pasadas o presentes, el escritor ofrece las vivencias de una época: con un tono de denuncia, en el caso de las primeras, o con una aprobación, dudosa o no del presente, en el caso de las segundas.⁵ La crítica revolucionaria no ha dudado en afirmar que son las vivencias del pasado, o sea los testimonios novelescos que se refieren a los años anteriores al triunfo, los que prevalecen por encima de las vivencias del presente;⁶ el escritor se siente más seguro relatando una época en la que vivió y la cual, dada la distancia que ahora lo separa de ella, podía ser fácilmente enjuiciada. La Revolución se presentaba a los ojos de estos narradores como un acontecer demasiado convulso, demasiado rápido y cambiante como para poder enjuiciarlo a plenitud; además, se trataba de años definatorios, donde todo debía estar enfocado a la construcción de la nueva sociedad y nada en su contra, donde no podía permitirse, ni siquiera en el arte, una actitud contraria a la Revolución; en una época como esta de profunda lucha de clases, de una lucha aún más aguda con el imperio norteamericano, la subversión era peligrosa y los dirigentes revoluciona-

⁵ Dudosa en el sentido de no poder apreciar, sobre todo al principio de estos años de transición, el alcance de la Revolución, pero nunca dudosa al reconocer que se trataba de una sociedad humanamente superior.

⁶ Cfr: Ambrosio Fornet: ob. cit., p. 25.

rios en aras de la feliz construcción de la nueva sociedad, creyeron amenazante la tolerancia ideológica y necesaria la “revisión” de las distintas manifestaciones artísticas por parte de las instituciones culturales. Por ello, el escritor lleno de contradicciones, fácilmente comprensibles dado su arraigo pequeño-burgués, temía hasta cierto punto a la representación del presente. “La ‘Literatura de la Revolución’ - apunta Fornet - sería no tanto la que abordaba el presente como la que intenta rescatar dinámicamente el pasado, para añadir así el espesor del documento y la memoria a la conciencia viva de la realidad”.⁷

Refiriéndose a la representación del presente revolucionario agrega:

La experiencia demostró que no era fácil. Por una parte cuanto más claro es el propósito, mayor es el riesgo de caer, como se dice vulgarmente, en el panfleto; por la otra, una actitud ideológica defensiva, que consiste en no ventilar públicamente los trapos sucios para “no dar armas al enemigo”, genera formas de censura y autocensura que a su vez conducen inevitablemente al sinflictivismo, o sea a la teoría de la ausencia de conflictos internos”.⁸

Esto no quiere decir que la representación del presente revolucionario, como parte importante de las vivencias de estos creadores, haya quedado relegada a unas pocas novelas; hay un número considerable de ellas que lo incluyen, pero no es valorado con la misma profundidad ideológica con que es valorado el pasado. A la hora de evaluarlo el escritor trata de suprimir sus contradicciones - como sagazmente señalaba el Che respecto al arte de los países socialistas - ; cuando son precisamente las contradicciones las que impulsan el desarrollo histórico, las que dotan al arte y a la literatura de su carácter humano; más aún en una época de transición como esta que se caracterizó por ser profundamente contradictoria.

Sin embargo, aunque el escritor no lo pretendiera, las contradicciones afloraban en su obra. Uno de estos conflictos es del pequeño-burgués que se siente desconcertado ante los cambios revolucionarios, pero que a su vez agradece la destrucción de su clase, y termina asimilando los valores y metas de la nueva

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*, p. 26.

sociedad, como resultado de una “drástica toma de conciencia”; estos personajes resultan ser, en muchos casos, poetas y narradores (*Memorias del subdesarrollo*, 1965; *Los desnudos*, 1967).

La reflexión acerca del carácter de la Revolución es otro de los conflictos presentes en las novelas de los primeros años; un conflicto que rebasó los límites de la intelectualidad para abarcar a la gran mayoría de la sociedad; el temor y en muchos casos las dudas con respecto al posible destino comunista de la Revolución, se refleja en obras como *Bertillón 166* (1960), de José Soler Puig. Una vez trazada la política cultural de la Revolución y declarado el carácter socialista de la misma, este conflicto se va suprimiendo, y aunque se plantee en algunas novelas será para negarlo y terminar aceptando como justa la sociedad. En este sentido pueden citarse obras como *Maestra Voluntaria* (1962), *Los desnudos* (1967); en otras, sobre todo las que surgen a finales de la década, ni siquiera se plantea el conflicto, aceptar el socialismo es absolutamente comprensible: *La religión de los elefantes* (1969) y *Sacchario* (1970).

Se da, además, el conflicto, propio de la intelectualidad artística, acerca de cómo crear en la Revolución, abundan los personajes escritores que se debaten entre el compromiso político y su libertad creadora (*Memorias del subdesarrollo*) y terminan por aceptar como parte de esa libertad, ese compromiso político (*Los desnudos*).

Por último, está presente el conflicto con respecto a las relaciones con la Unión Soviética, contradicciones que se hacen más profundas en la segunda mitad de la década cuando Cuba disiente de su política exterior con respecto al campo socialista.⁹ Si en las primeras novelas es frecuente la aceptación de estas relaciones, *Memorias del subdesarrollo* marca un viraje en esta actitud.

A pesar de que la novela de los '60 constituye un movimiento literario que abarca toda una época, la crítica se ha puesto de

⁹ De acuerdo con estas contradicciones entre Cuba y el campo socialista que se desatan en la segunda mitad de la década, apunta un ex diplomático cubano de la época: “Estamos en franca discusión con los camaradas chinos, con los camaradas soviéticos, por toda una serie de cuestiones relacionadas con la política interna y el diferendo chino-soviético. Estamos en contra de las proyecciones exteriores de Yugoslavia” (Miguel Alfonso Martínez: “La diplomacia cubana. Un balance a 40 años de Revolución”, en: *40 años de Revolución: balance y perspectivas*, *Análisis de Coyuntura* 2(11): 43, diciembre de 1998.

acuerdo en afirmar que entre la primera y la segunda mitad de la década se establecen diferencias formales;¹⁰ sin embargo, desde el punto de vista ideológico podemos decir que la postura del escritor es la misma, en el sentido de aceptar la Revolución y rechazar el pasado, aunque la maduración del ideal va en aumento a medida que transcurren estos años.

La segunda mitad de la década marca una radicalización del sentimiento antimperialista, la concepción cada vez más clara de que la política norteamericana era la causante del subdesarrollo de la Isla: antes del triunfo revolucionario como colonizador y después como agresor de la Revolución con el establecimiento, entre otras medidas, del bloqueo económico; este sentimiento antimperialista ayudó en la reafirmación del ideal socialista en esta etapa, no obstante las contradicciones que se establecen con respecto a la Unión Soviética.

Por otra parte, si en los primeros años de la década del 60 el escritor procura agotar el referente histórico del pasado en obras prácticamente documentales, en la segunda mitad de la década será más selectivo en este sentido; buscará en este pasado elementos sobre todo de la sociología y la psicología populares, como forma de filiación con las masas, una filiación necesaria en el socialismo; como una vía, además, para calar las raíces cubanas más profundas, por medio de la representación de la mitología y la cultura nacional. En este sentido hay un rescate de la cultura afrocubana, dotándola de los valores culturales que un pasado de penetración capitalista norteamericana le había negado; aprehendiéndola con una mirada mística, debido a la inserción en estos años de la novela cubana en la narrativa del "boom". Es así como el realismo tradicional es sustituido, paulatinamente, por el realismo mágico y las teorías de "lo real maravilloso americano". Esta novela, que comienza siendo eminentemente objetiva dado el tratamiento documental de la realidad pasada y presente, en los últimos años de la década une a este carácter objetivo la profunda visión subjetiva del autor diseminado a través de personajes contrarios: obreros y burgueses. Así puede expresar, sin comprometerse, sus contradicciones y dudas con respecto a la Revolución.

¹⁰ Cfr: Rogelio Rodríguez Coronel: ob. cit.

Los elementos formales o narrotológicos de esta novelística, por lo general, apoyan el contenido ideológico; ellos, a pesar de su carácter formal están en función de proyectar el nuevo ideal socialista. Así las categorías de forma y contenido van a implicarse mutuamente.

Los temas generales van a ser la crítica al pasado neocolonial, la identificación con el presente revolucionario, la lucha revolucionaria, y la destrucción de la burguesía en la Revolución. Se da el uso de los dos tiempos (presente y pasado) muchas veces contrapuestos en una misma obra como modo de establecer una comparación entre ambos, donde el pasado quedaba totalmente desacreditado ante el presente.

Como espacios fundamentales están el campo y la ciudad; aunque prevalece este último. El campo representa la opresión de la guardia rural y del terrateniente sobre el campesino; pero también la lucha en la Sierra y la campaña de alfabetización. En la ciudad están Batista y sus soldados reprimiendo y la burguesía amasando sus fortunas a costa del trabajo del obrero; pero también la lucha clandestina y los desfiles del 1ro. de Mayo.

Los personajes van a estar marcados por la pertenencia a una clase determinada: la burguesía o el proletariado. En todas las novelas van a manifestarse ambos de forma contrapuesta, en medio de un antagonismo donde la clase obrera, dotada de tintes épicos, es portadora de la nueva conciencia política y de la moral revolucionaria, es la clase que tiene en sus manos el presente y el futuro de la Revolución; mientras que la burguesía, como clase decadente, encarnada en personajes negativos o simplemente insignificantes, está llamada a desaparecer. Los personajes suelen ser, en algunas novelas, complejos y contradictorios, donde se mezclan, a su vez, el nuevo y el viejo ideal; estos son, en realidad los que representan el sentir de esta época de transición.

El narrador desempeña un papel fundamental, a ratos resulta un narrador omnisciente, otras equiscente o termina por perderse en la perspectiva de algún personaje; pero en su función como portador fundamental de las ideas del autor se entrega a momentos ensayísticos, de reflexión, muy importantes con respecto al ideal social pre y pos revolucionario.

La novela de esta década por su preocupación histórica, sus reflexiones en torno a la sociedad del pasado y del presente, su toma de conciencia con respecto a la lucha de clases que enfren-

taba la Revolución en esta década, puede clasificarse, de acuerdo con Rogelio Rodríguez Coronel, como una novela "social", ideológica, que, al decir del mismo autor, "propone" un modelo de vida, una ideología y una moral acorde con la sociedad socialista que se pretendía construir.¹¹ En este sentido desempeñó una función eminentemente didáctica, como respuesta al llamado de los dirigentes políticos a la colaboración de los escritores en la formación del nuevo ideal. Fue, sin lugar a duda, una novela de profundo compromiso político e ideológico con respecto al presente revolucionario y sus conquistas.

Puede afirmarse que la novela de estos años jugó un papel fundamental en la formación del ideal social revolucionario. En este sentido constituyó una propuesta ideológica del "deber ser" en la Revolución, una propuesta que empezaba por los propios escritores y terminaba en el lector. El hecho de que esta novelística pretendiera ignorar las contradicciones propias de esta década y de todas las sociedades en transición, aunque no lo hubiera logrado del todo; y el presentar un mundo novelesco donde el socialismo ya es un hecho, donde los personajes positivos, los héroes, además de pertenecer a la clase obrera y campesina son portadores consciente o inconscientemente del ideal revolucionario, donde los intelectuales que asumen su responsabilidad histórica son portadores de la felicidad y la realización plena, y aquellos que no lo hacen, de la constante alienación e infelicidad, presuponen la función ideológica de esta novelística, la acción consciente de estos escritores por crear una literatura comprometida con la política y la ideología oficial. No se está hablando, por supuesto, de toda la novela que se produjo en esta etapa, sino de aquella que, cumpliendo con la política cultural trazada por las autoridades políticas y culturales, era publicable. Se está hablando de la gran mayoría de las novelas de estos años que más allá de los valores estéticos, constituyen contratos políticos e ideológicos con una función didáctica concreta: enseñar a pensar al hombre de una forma nueva, borrar de su conciencia las arcaicas concepciones burguesas, mostrarle el verdadero humanismo; en fin, hacer del ideal socialista el nuevo ideal social.

¹¹ Cfr: Rogelio Rodríguez Coronel: ob. cit.